

uno de los Jumentos de su exercicio. Resentida la niña de la desatencion: *Bien dicen*, le dixo con donayre, *que no es la miel para la boca del asno, pues sin estimacion dais à uno de ellos la ojarasca, que yo os di con cariño.* A que respondió Aparicio: *que no sabia que fuesen ojarascas, porque jamás en su tierra las havia comido.*

Este, y otros disgustillos de no mayor consideracion le hicieron despedirse de aquel Señor; y habiendo entrado en Guadalcanal, enfermò de una fiebre aguda, en cuya curacion le fuè precisso gastar quanto havia adquirido en Zafra, en el espacio de diez meses que havia servido. Alegre sin embargo en medio de sus trabajos, siguiò su jornada à pie, hasta llegar segunda vez al Puerto de San Lucar, con ánimo de ganar à costa del sudor de su rostro su sustento. Facilmente encontrò un Labrador acomodado, que necessitando de Sujeto cuidadoso para el gobierno de una quantiosa hacienda de labor, calificò de tal à Sebastian; y el éxito de las mas colmadas cosechas, que debió à su aplicacion, y vigilancia en el espacio de siete años, le hicieron ver el acierto con que havia procedido en su eleccion.

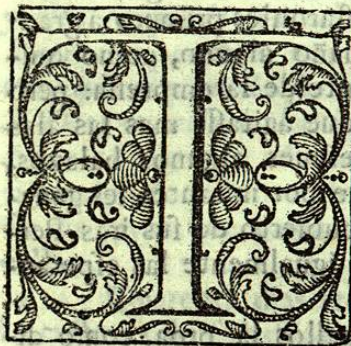
Comenzò por este tiempo à explicar sus deseos de passar à la Nueva España: y persuadido el dueño de la Hacienda à que fuesen efecto del escafo salario, que le daba, se lo aumentò señalándole al mismo tiempo tierra, y semillas con los aperos necessarios, para que sembrasse por su quenta (como efectivamente lo hizo) dos fanegas de trigo, con lo que fuè entreteniendo aquellos sus deseos: disponiéndolo assi la Providencia, no solo para que del producto de su abundante cosecha tuviesse con que so-

correr

correr à sus Padres, reservando para sí lo muy precisso; sino para dexar gravada en la Europa su virginal pureza una victoria mas relevante, que quantas admirò Egypto en su Thebaida, que referirèmos en el Capitulo siguiente.

CAPITULO III.

Triumpho maravillosamente la virginal pureza de Aparicio en el último peligrosissimo assalto, que padeció en la Europa.



ENIA una hija cierto Caballero de Ayamonte, à cuya nobleza, y hermosura servian de preciosissimo esmalte las riquezas: visitaba su Casa un Joven Hidalgo Criado del Señor de aquella Villa, el qual enamorado de la Doncella logrò su correspondencia hasta los términos de darse mutuamente palabra de Esposos. Sin embargo de este seguro se persuadiò el Mancebo le era imposible poner en execucion en Ayamonte sus designios; por lo que determinò prevenir un Barco con la tripulacion, y bastimentos necessarios, y una noche à cierta hora facar à la Doncella de su Casa, y passarse con ella à Lisboa con el fin de contraher alli el matrimonio ya pactado: y habiendo participado à aquella sus intentos, no solo los aprobò; sino que recogiendo quantas joyas pu-

B

do

do haver à las manos, las acomodò en un Cofrecillo para quando llegasse la hora señalada. Saliòse en fin la mal aconsejada Doncella con el inconfederado Joven de la Casa de sus Padres, ocultando debaxo del brazo el Cofrecillo prevenido.

No fuè su fuga tan oculta, que no llegassen à sospecharla, assi un Hermano, como algunos otros deudos de la niña; y passando à evidencia su sospecha tomaron otro Barco, en que previniendose de armas de fuego salieron en seguimiento de los dos asesinos de su honor. Havian ya navegado un buen espacio, quando avistaron el Barco de los traydores fugitivos, que à toda diligencia se dirigia àcia el Puerto de San Lucar. Protestáronles primero à grandes voces, no les harian daño alguno, como quiesse desistir voluntariamente de la empresa: pero solo sirviò la diligencia de que agitasse mas las alas su temor. Disparáronles despues algunos balazos, aunque la gran distancia, que por instantes les ganaban, los havia puesto ya à cubierto de sus iras. Perdiéronlos en fin de vista, y igualmente las esperanzas de apressarlos.

Havian dirigido aquellos la proa, como diximos, al Puerto de San Lucar; mas reflexando à vista del nuevo acaecimiento, que si proseguian à tomarlo, era evidente su peligro; por consejo del Arraez del Barco, bararon sobre unos arrecifes, que se hallan à la entrada del mismo Puerto; y saltando todos en tierra, se separaron luego, tomando los Barqueros un camino, y el Joven, y la Doncella extrayendo quanto les era possible por entre Bosques, y malezas hasta llegar à deshoras de la noche à una desconocida Casa, la qual acertò à ser la de la Her-

redad en que vivia Aparicio. Tocaron à su puerta, y abriéndoles al punto sin el menor recelo, les preguntò quienes eran, y el motivo que los traia tan à deshora por tan solitarios parages. Informòse el Mancebo en un breve, aunque no mui sincero razonamiento, venir huyendo de Ayamonte con aquella niña, cuyos Parientes le seguian para matarle, por no ser de su gusto el que se casasse con ella: *De que echarèis de ver, concluyò, quanto me importa ausentarme de aqui, y assi por amor de Dios os suplico mirèis por ella.* Bastò à Aparicio el respecto interpuesto por el Joven en la súplica, para que le respondiesse: *Siendo assi como decís, que vos os vais, y ella se quede, yo mirarè por ella como por mi Hermana propria: que quando no haya otro interès, que me pueda ser de importancia, que servir à Dios en ello, lo harè de mui buena gana, porque èl es el mayor, y el que yo mas estimo.* Con esta satisfaccion se partiò el Joven, llevando el Cofrecillo de las joyas, que havia tomado à sus Padres la Doncella.

Quarenta dias se mantuvo en compania, y à la custodia de Sebastian, el qual desde el primero, por ser estrecha la habitacion, observò acostarse atravesado de la parte de à fuera de la puerta, quando se recogia su Huespeda à dormir. Bien advirtiò esta desde luego la modestia, y compostura de su Tutor, sin que jamás se le escapasse en el trato preciso de algunos dias ni una sola palabra descompuesta; mas atribuyéndolo à natural simplicidad, intentò provocarlo con algunas acciones poco modestas, creyendo assegurar por este medio su cuidado en ocultarla de sus deudos, que sin desistir de la empresa havian

arribado al Puerto de San Lucar el dia siguiente à su desembarco, y que solicitaban noticias de su persona con las mas esquisitas diligencias. Pero jamàs pudo conseguir de Sebastian le respondiessse cosa, que dexesse de aquel su animo invicto, y generosa constancia en conservar intacta su virginal pureza. El todo de estas prácticas hicieron ver claramente à aquella lo ineficaz, que havian sido hasta alli las de su irregular immodestia, y defenfreno: y meditando un lance, en que nada se aventurasse al embozo, y al disimulo, creyò lograrlo en uno de los dias, en que hallandose los dos solos dixo à Aparicio: *Haveis de saber, que quando salimos del Barco, en que yo, y los demás que me acompañaban naufragamos, pereció en el mar toda mi ropa, habiendo escapado precissamente aquel Cofrecillo de joyas, que como visteis, se llevó aquel traydor, que hasta aqui me conduxo; y assi si teneis una camisa, que poderme mudar, os pido por amor de Dios, que me la deis.* Respondiòle, que si Sebastian: y al estarla sacando de su pobre arca, comenzó à desnudarse aquella con tal prissa, que se puso en carnes à esperar, que el mismo Sebastian se la vistiesse. Este, que volviendo la cara para socorrer su expresada miseria, se encontró con la mas viva estatua de la deshonestidad, y desemboltura, lleno de un santo furor, arrojándole à la cara la camisa, le dixo: *Tomad, pòneosla allà noramala, y sed honesta, que esso no parece bien à Dios, ni al mundo.* Poniendo tal eficacia el Altissimo en la sencilla reprehension, de que usó en tan peligroso lance su fiel Siervo, que jamàs se descompuso en adelante, no solo en las acciones, pero ni aun en palabras, la immodesta Doncella. Ofre-

Ofreciòsele despues de algunos dias à Aparicio ir à San Lucar; y noticioso de las diligencias, que por parte de la Justicia se practicaban à fin de encontrar à la fugitiva, y de las quantiosas dádivas, que se ofrecian al que de ella diessse razon, ò la descubriessse, volviendo à su Casa, le preguntò, que pensaba hacer, pues ya veia, que el que alli la havia dexado, no venia por ella, y estaba en un peligro manifesto si la hallaban sus Padres, ò Parientes? A que respondiò entre lágrymas, follozos, y ternuras: que supuesto que él intentaba passar à Indias, se habia determinada à hacer lo mismo, con tal que la admitiessse por Esposa, como con las mayores veras se lo suplicaba. Mas usando Aparicio de su acostumbra da entereza, y severidad, le dixo, no ser su animo casarle; pero que no por esso dexaria de tratar de su remedio: y en efecto solicitando à uno de sus deudos, le revelò tener en su Casa la prenda, que buscaba: que todo el tiempo de su ausencia la havia mantenido consigo recogida; y que pues el intento de la emprendida fuga no havia sido otro, que el de casarle, le suplicaba, y en su nombre à los demás Parientes la perdonasse: que desde luego haria la entrega, con tal que se le otorgassen dos solas cosas: la primera, que antes de passar à sus Padres la noticia de su defeado hallazgo, la havian de assegurar en un Convento: y la segunda, que no se le havia de dar à él ni una sola blanca; pues no habiendo tenido otras miras, que el amor de Dios en quanto havia executado à favor de la dicha niña, en él solo libraba la recompensa. Otorgaronsele ambas, y al efectuar la entrega: *Andad, dixo à la Doncella, que de aqui en adelante caminarèis con la ayuda* de

de Dios con mejores passos, y despues de haveros visto abandonada de un hombre, os veréis consagrada à Dios con el habito religioso dentro de un Claustro. Y assi se verificò, segun que lo havia predicho Sebastian.

Despues de esta última victoria de su pureza (que celebrarían por sin duda, y tal vez con sus admiraciones los mismos Serafines) conociendo Aparicio, que lo llamaba Dios, y con instancia, por medio de sus ocultas inspiraciones, para este Reyno; desentendiéndose de los ruegos, y ventajosas promessas, que por parte del dueño de la Heredad, que hasta alli havia manejado, se le hacían; huyo de conformar su voluntad à la Divina, tratando eficazmente de embarcarse.



CAPI-

CAPITULO IV.

Passa à la Nueva España Aparicio, y primeros exercicios en que se ocupò.



O bastaba à tanto Heroe un solo mundo. Salìo vencedor Sebastian en tan repetidos reencuentros en el antiguo, para comenzar à vencer à los treinta y un años de su edad en este nuevo; empezando à manifestar la generosidad invicta de su ánimo, desde que diò principio à su navegacion. No solo el comun de la Marinería; el demàs resto todo de passageros, que observaron en él un ingrato dialecto castellano, à que agregaba una franqueza grande en decir con sencillez quanto sentia, comenzaron à hacerle desde luego el objeto de su comun passatiempo, y diversion. Su paciencia en tolerar las burlas que le hacían, passaba entre ellos plaza de estupidez; aumentando los ludibrios, y baldones el crèr efecto de una insensata rusticidad su heroico disimulo. Pero dentro de pocos dias se variò del todo la scena; porque presentandoseles segun su verdadero aspecto el sufrimiento, y taciturna modestia de Sebastian, convirtieron en respetos sus irrisiones, en alabanzas sus sátyras, y sus ultrages en veneracion. Llegando à ser, en una palabra, por mérito de su resignada mor-

mortificacion, y tolerancia, la idea, y exemplar de christiana moderacion à quantos con él navegaban.

El concepto, que havian formado ya todos de su virtud, les hizo crer, que mas que al favor de los vientos, è industria de los Pilotos, eran deudores de su feliz arribo al Puerto de Vera-Cruz à las fervientes oraciones de Sebastian. El qual puesto ya en tierra, despues de una corta mansion en Villa-Rica (nombre, que aun conservaba de sus primeros Conquistadores la antigua Vera-Cruz) mal hallado con el ocio, se partiò para la recién fundada Ciudad de la Puebla de los Angeles, en cuyas inmediaciones se ocupò en cultivar la tierra para sembrarla de trigo, y maiz. Las pocas, ò ningunas ventajas, que sacò en los dos años, en que exerciò por entonces la labranza, le hicieron variar de ocupacion, y aplicarse à la de amansar, y domar Novillos: comenzando à adquirirse desde este ministerio la admiracion, y con ella el respeto, y benevolencia de los Naturales, por haver sido el primero à quien huviesen visto sujetar, y domesticar su fiereza. Despues arbitro el modo de formar Carretas, à que uncidos los Novillos, ya Bueyes mansos, completò el todo de la utilissima máquina (ignorada tambien hasta entonces en el Pais) con que se comenzaron à transportar las semillas de las Haciendas de campo, y mercaderias, que desembarcaban en el Puerto de Vera-Cruz, à las Ciudades de Puebla, y México.

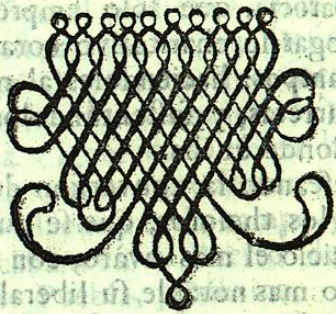
Nueve años hacia ya, que se ocupaba en este laborioso ministerio, avecindado en los contornos de la Puebla, Sebastian, quando resolvió passarse con el todo de su carruage, aumentado notablemente en el número, à la Ciudad de México. Y aplicando des-

de aqui su singular industria, sin perdonar trabajo, ni fatiga, à descubrir camino proporcionado para el tránsito commodo de las Carretas dichas, abrió el que en el dia se usa de esta Ciudad al célebre Real de Minas de Zacatecas, opulento ya entonces, y hoy reducido à un miserable estado.

Comenzò à frequentarlo con sus Carretas Aparicio, y mas que un nuevo invento para la común utilidad, admirò este nuevo mundo un Heremitorio volante en cada una de aquellas en que el mismo Venerable se conducia. Bien merece este nombre aquel lugar, en que sin que fuesen capaces los regulares contratiempos de su exercicio de turbar la paz interior, y serenidad de su ánimo, se dexaban ver con assombro la oracion, la pureza, la penitencia, la modestia, y humildad, y sobre todo la charidad, capaz de acreditar de grande la virtud del mas retirado Solitario de la Nytria. Al ver la liberalidad con que socorria à quantos pobres encontraba por los caminos, parecia, que solo emprendia sus viajes para desahogar su charitativo corazon en la soledad de los campos: haciéndoles al mismo tiempo lugar en sus Carretas, y sustentándolos, si acaso caminaban àcia donde él iba.

Pero deseando la conversion de los Infeles mas que todos los thesoros, que se pudiera prometer de su exercicio el mas avàro, con aquel grande objeto era de lo mas notable su liberalidad para con los infelices Chichimecas, cuya ferocidad se alimenta de las mismas vidas, que quita. Antes de ponerse en camino, cuidaba de que fuesen entre sus Bueyes algunos Novillos, y con ellos porcion considerable de maiz, previniendo igualmente (sabiendo quanto

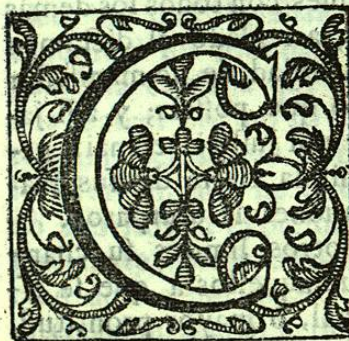
se prendaba de ellas su sencillez) algunas buxerías; todo lo qual les regalaba, por si lograba por estos medios, quando no el todo de aquellos sus deseos, que hiciesse menos estragos en los pasajeros su barbarie. En efecto su virtud se insinuò de tal suerte en los corazones de aquellas fieras racionales, que luego que lo reconocian, no solo se venian à èl con demostraciones de la mayor benevolencia; sino que lo obsequiaban con algunas frutas silvestres, y ofrecian à servirle, acompañándole en los caminos contra la ferocidad, assi de los brutos, como de los demás de su misma Nacion; bien que era tan comun à unos, y otros la veneracion à Aparicio, que no solo no se atreviò jamàs alguno de ellos à ofenderle en su persona; pero ni à los que se valian de su compañía, sirviéndoles su respeto del mas seguro asylo.



CAPITULO V.

CAPITULO V.

Dexa Aparicio el empléo de Carretero, y vuelve al de Labrador.



ANSADO ya su trabajado cuerpo de la penosa ocupacion de manejar Carretas, se resolviò à venderlas el año de mil quinientos cinquenta y dos, y aplicarse de nuevo al cultivo del campo; para cuyo efecto comprò una Hacienda de labor entre Atzacapuzalco, y Tlalnepantla, poco mas de una legua distante de la Ciudad de México. Sin embargo de tener algunos Indios, que le ayudassen; su natural inclinacion, y el dictamen de haver de comer siempre el pan del sudor de su rostro, le hacian acompañar personalmente à aquellos en el trabajo: sobre el qual se conociò desde luego reiteraba Dios aquella bendicion, con que felicitò antiguamente el de Jacob, en tan abundantes cosechas, que adquiriò con su producto el caudal suficiente para agregar à la de labor otra de ovejas. Dentro de poco tiempo se vieron ambas convertidas en Ciudades de refugio, en que hallaba grata acogida la necesidad comun, de fuerte, que parecia, que quanto havia practicado en los demás ministerios à beneficio de los proximos, havian sido

pre-